Hamlet.

D. M. M. y A.

Shakespeare

4

Hamlet

PERSONAS.

CLAUDIO GERTRUDIS	Reyes de Dinamarca.

HAMLET, Príncipe.

LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

POLONIO, Mayordomo de Palacio y Padre de

OFELIA, Dama de la Reina y nóvia del Príncipe.

HORACIO MARCELO	Amigos del Príncipe.

TRES ACTORES Y UNA ACTRIZ.

Acompañamiento de Grandes Caballeros, Damas, Pueblo, Soldados, etc.

LA ESCENA SE REPRESENTA EN EL PALACIO DE ELSINGOR Y SUS CERCANIAS.

ADVERTENCIA.

Desde que leí hace muchos años la esmerada traduccion de la tragedia titulada HAMLET, hecha por el célebre D. Leandro Fernandez Moratin, del original inglés de Guillermo Shakspeare, formé el proyecto de acomodarla á nuestra escena, persuadido de que el argumento, de suyo sublime, produciría el mejor efecto.

Para conseguir el fin que me proponia, bastaba, en mi concepto, seguir las juiciosas reflexiones que Moratin explana en sus Notas, y ateniéndome á ellas, he descartado todo lo inconexo á la accion principal, para que ésta no se debilite con episodios inútiles y chocarreros, que afean la produccion del inmortal trágico inglés. He tenido, por consecuencia, que suprimir, casi en totalidad, los dos últimos actos donde se representan las escenas repugnantes de los Sepulture-

ros; las ridículas fanfarronadas de Hamlet y Laertes, con otros incidentes que retardan el sangriento desenlace. Este aparece más rápido y natural en el sexto acto de mi arreglo, y me complazco en repetir que su éxito es debido á la crítica de nuestro célebre poeta. Le he seguido en cuanto he creido oportuno; y de su traduccion he copiado literalmente los versos que la embellecen y que revelan su buen gusto, haciendo resaltar de este modo la versificacion de la prosa, y englobando, por lo mismo, una tragedia dentro de otra.

Shakspeare escribió la de que se trata, en prosa, alternada con el verso. Mi primera idea fué engalanarla con el natural endecasílabo aconsonantado, pero al fin me decidí á desechar la rima, porque en mi opinion, si ésta es cierto que halaga más el oido, tiene la desventaja de enervar la concision enérgica de la frase. Esta apreciacion la dejo al buen juicio de los inteligentes, teniendo en cuenta las reflexiones altamente filosóficas que enriquecen dicha tragedia, á la que yo he dado el título de Drama trágico, por creerle más propio.

En opinion de algunos modernos Zoylos, Shakspeare es inviolable; y por lo tanto, las bellezas sublimes que esparció en sus obras, no deben ser puestas en escena sino en Inglaterra, donde nacieron; y en España, Francia, Alemania y demás naciones sólo leerse por personas eruditas. ¡Qué aberracion! Con más razon lo serían entónces las tragedias griegas y latinas, y muchos dramas modernos, y

sin embargo, algunas de aquellas y de éstos se han representado, no solo en Francia y Alemania, sino tambien en España.

Particularmente el *Edipo*, de Sófocles, acomodado á nuestro teatro por el ilustre Martinez de la Rosa ¿no patentiza esta verdad? Léase su introduccion á la misma tragedia, donde se dice que con presencia de las demás que en Italia, y especialmente en Francia, se calcaron sobre la referida Griega, compuso la suya nuestro célebre compatriota, muy superior, por cierto, á la de los trágicos franceses é italianos. Y sin embargo, preciso es confesar, con el humanista Estala, que teniendo por base la tragedia *Edipo* el fatalismo y el ódio á la Monarquía, carece del interesante terror que producen las pasiones violentas, como el Amor, los Zelos, la Venganza, y las demás inherentes á nuestra humana naturaleza.

Queda, pues, justificado cuán absurdo es sostener tal inviolabilidad, supuesto que el mismo Shakspeare y los demás autores dramáticos se encuentran en idéntico caso con respecto á sus antecesores. Así es que los argumentos del *Hamlet* y del *Otelo*, los tomó el autor inglés de una historia dinamarquesa el primero, y el último de una leyenda italiana. Del mismo arsenal histórico ó novelesco compusieron los españoles: Ayala su *Numancia*, Huerta su *Raquel*, Quintana su *Pelayo*, teniendo éste último á la vista las que compusieron sobre el mismo asunto los insignes D. Nicolás Fernandez Moratin y D. Melchor Gaspar de Jovellanos. El mismo Shakspeare com-

puso una tragedia de Julio César; así como Alfieri y Voltaire dieron al teatro de sus respectivas Naciones, otra del mismo nombre con presencia de la latina de Séneca y la citada de Shakspeare; y no debe pasarse en silencio la que últimamente dió á luz el poeta D. Ventura de la Vega, ni tampoco dejar de manifestarse que las tragedias citadas del *Otelo* y del *Cid* de Corneille, y otras varias, se han representado con éxito en nuestros teatros.

Basta lo dicho para demostrar la libertad que tiene todo autor dramático para refundir ó arreglar las tragedias, dramas y comedias que encierren argumentos interesantes; y así lo han practicado algunos de nuestros ingenios, particularmente el Sr. Hartzenbusch en sus *Amantes de Teruel.*

La hermosura ó perfeccion en Bellas Artes es cosmopolita; y un estátua de Fidias y un lienzo de Apeles, se admira por los inteligentes lo mismo en Asia que en América, en Africa que en Europa.

Nuestro célebre Inarco, no pensó nunca en arreglar el *Hamlet* á nuestro teatro, sino dar, al traducirlo, una idea del de Inglaterra en la obra más nombrada de su célebre poeta Shakspeare, donde las bellezas de primer órden alternan con las más grotescas chocarrerías. Si hubiera pensado en el arreglo, no le hubiera ocurrido, ciertamente, el peregrino pensamiento de que el autor es inviolable, cuando no le tuvo acomodando á nuestra escena la *Escuela de los maridos* y *Le Medecin malgrè lui* del célebre Molière, argumentos que tanto embelleció, particu-

larmente el último, que varió con el chistoso del *Médico á palos.*

Aunque por sistema no soy innovador, y tengo en mucho respeto las que en literatura se llaman reglas, séame permitido consignar aquí mi opinion sobre alguna de ellas.

De las tres famosas unidades de accion, tiempo y lugar, es casi ya un axioma que pueden suprirmirse las dos últimas, si el poeta lo juzga preciso para el desarrollo de la fábula. No por esta permision deben considerarse proscritas, pues es indudable que la composicion es más perfecta cuando reune las tres referidas unidades.

En mi drama desaparecen tambien las de lugar y tiempo; pero me figuro que está tan naturalmente dispuesta la mutacion de la primera y tan encubierta la del último, que apénas se advierte su falta.

No hay, pues, cuestion sobre este punto. Pero me parece errónea la doctrina de que toda tragedia ó drama no debe tener ni más ni ménos que cinco actos. ¿De dónde se deduce semejante regla? Se dirá que está basada en la costumbre y que á ella en general se han sujetado todos los trágicos antiguos y modernos. Concedido: ¿mas es esta una razon para negar el título de tragedia (ó drama), á la que encierre en tres actos una fábula interesante y que hasta en su representacion se invierta el mismo tiempo que en las de cinco actos? ¿Será justo, por idéntica cáusa, proscribir la que pase de este nú-

mero? No negaré que sea difícil desarrollar un buen plan trágico en ménos de tres, y que prolongándose más de cinco actos se necesite mucha habilidad en el que lo intente, pero ¿quién es capaz de poner límites al génio? ¿Qué público no agradecería al poeta extraordinario que le entretuviera admirado cuatro y más horas seguidas en la representacion de una tragedia ó drama magníficas, donde compitiesen los contrastes más sorprendentes de las pasiones con situaciones llenas de interés y de efecto teatral, y engalanado todo con las flores de la más encantadora poesía? No es fácil ciertamente conseguir este triunfo; pero más difícil es crear buenos poemas épicos, y sin embargo, se han compuesto algunos admirables. Así, pues, repito, que á mi parecer, no hay derecho para desechar una tragedia ó drama porque sólo tenga tres actos ó pase de cinco, con tal que reunan las dotes que les sean peculiares.

Concluyo sometiendo estas observaciones, con el desempeño del *Hamlet*, al juicio del ilustrado público.

Madrid, 28 de Setiembre de 1872.

M. M. y A.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Calle inmediata al Palacio Real de Elsingor.

HORACIO Y MARCELO.

HORACIO. Voy á referirte lo que acaso no creerás, y que á mí todavía me parece un sueño. Anoche, cuando el reloj daba las tres, ví vagando por las cercanías de Palacio la sombra de nuestro último Rey.

MARCELO. ¿Del Rey Hamlet?

HORACIO. Del mismo.

MARCELO. Parece increible.

HORACIO. Pues nada es más cierto, oye: cuando la sombra se me acercó, quise huir, pero no pude; y aunque temblando, tuve ánimo para preguntarle quién era, pues á juzgar por su aspecto, creía ver en él la presencia noble y guerrera que tuvo un dia el Soberano Dinamarqués, que yacía en el sepulcro.

MARCELO. ¿ Y contestó ?

HORACIO. Nó: siguió paseándose lentamente, y yo, en medio del terror que sentía, volví á decirle que si allá donde moraba podia recibir algun beneficio para su eterno descanso, me lo dijese; pues sería obedecido al momento. Pero apénas pronuncié estas palabras, desapareció de mi vista.

MARCELO. Con efecto, es una aparicion sobrenatural, y que sin duda pronostica catástrofes aquí en Elsingor y en toda Dinamarca, como guerras, pestes y hambres, que siguen inmediatamente á la presencia de los cometas y á los eclipses de los astros.

HORACIO. No creas semejantes augurios, que condenan la razon y la experiencia. Además, aquí no hay tales fenómenos celestes, sino una aparicion inexplicable.

MARCELO. De todos modos, lo que debemos hacer es ponerlo en conocimiento de su hijo y nuestro amigo el Príncipe.

HORACIO. Dices bien: vamos á verle, por si esta noche vuelve la sombra de su padre.

MARCELO. ¿ Dónde lo encontraremos ?

HORACIO. En Palacio: vamos sin dilacion.

ESCENA II.

Salon de Palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, OFELIA, CABALLEROS, DAMAS *y acompañamiento.*

CLAUDIO. Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente que nos obliga á lamentar su pérdida, y á que en todo el Reino sólo se vea la imágen del dolor, he conservado, sin embargo, con el sentimiento de su pérdida, la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin, he recibido por esposa á la que en un tiempo fué mi hermana y hoy rige

conmigo los destinos de esta belicosa Nacion. Verdad es que á las demostraciones de alegría se han mezclado las lágrimas, alternando de igual modo el placer y la afliccion. Tal es la condicion humana; y por lo tanto, tú Hamlet, mi deudo, mi hijo....

HAMLET. Más que deudo y mucho ménos que hijo.

CLAUDIO. ¿ Qué dices ?

GERTRUDIS. Mi buen Hamlet, no así, con semblante triste y abatidos ojos, continues preocupado por la muerte de tu generoso Padre. Tú lo sabes; igual es para todos : el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET. Sí, Señora, para todos es igual.

GERTRUDIS. Pues si lo es ¿ por qué aparentas tan particular sentimiento ?

HAMLET. ¡ Aparentar ! Nó, Señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni los interrumpidos sollozos, ni la dolorida expresion del semblante, con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento, bastan por sí sólo, mi querida Madre, á manifestar el verdadero estado de mi alma. Estos signos aparentan, es verdad, pero son acciones que un hombre puede fingir.... Aquí *(tocándose el pecho)*, aquí dentro tengo lo que es más que apariencia : lo demás no es otra cosa que frívolos adornos del dolor.

CLAUDIO. Muy laudable es que tu corazon tribute á tu querido Padre esa lúgubre deuda, Hamlet. Pero no debes ignorarlo: tu Padre perdió á un Padre tambien, y éste perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término, pero continuar en interminable desconsuelo es una obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un alma indócil y un talento limitado. ¿ Será bien que el corazon padezca, queriendo néciamente resistir á lo que es y debe ser

inevitable? ¿A lo que es tan frecuente como cualquiera de las cosas que más suelen herir nuestros sentidos? Esto es, repito, un delito contra el Cielo, contra la naturaleza misma, y es hacer una injuria á la razon, que nos dá en la muerte de nuestros Padres, la más elocuente de sus lecciones. Modera, yo te lo ruego, esa tristeza inútil: considera que tienes un Padre en mí, puesto que es notorio que tú eres la persona más inmediata á mi trono y que te amo con el afecto más puro. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga, es la más opuesta á nuestros deseos: y así te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido de todos.

GERTRUDIS. Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga; quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu Madre.

HAMLET. Obedeceros en todo será siempre mi mayor placer.

CLAUDIO. Por esa afectuosa y plausible respuesta, quiero seas otro yo en el Imperio Danés. Ven, querida Gertrúdis. Venid, señores. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de júbilo mi corazon, y en aplauso de este acontecimiento, celebrará Dinamarca festivos brindis, solemnizándolos con repetidas y alegres músicas.

ESCENA III.

HAMLET.

HAMLET. ¡Oh Dios mio! Cuán fatigado estoy y cuán fugaces, insípidos y vanos me parecen los placeres del mundo! Oh Padre mio! ¿Quién habia de pensar que en el corto espacio de un mes, mi Madre, que se os mostraba tan amorosa, llegaría á casarse con mi tio? ¡Oh fragilidad inseparable de la mujer! ¡Oh delincuente precipitacion! ¡En ménos de un mes, enrojecidos

aún los ojos por el pérfido llanto, atreverse á ocupar un lecho abominable! ¡Y qué debo hacer! ¿Cuál es más digna accion del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna, ó sobreponerse á su torrente de calamidades, dándolas fin con atrevida resolucion? *(Pausa)* Existir, ó no existir. Ser, ó no ser. Esta es la cuestion: el gran problema de la vida. Reflexionemos.... *(Pausa)* Morir ¿es dormir? ¿No más? ¿Y por un sueño diremos las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza? Si fuera esto cierto, sería el término de nuestros males: término que deberíamos solicitar con ánsia. Pero ¿morir es dormir.... y tal vez soñar? (*Pausa*) ¡Oh! sí, y hé aquí el grande obstáculo: porque al considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, no hay duda que es razon harto poderosa para detenernos. Esta consideracion hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién si así no fuera, aguantaría las tropelías que recibe el mérito pacífico por los hombres más indignos: las angustias de un mal correspondido amor, los quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, y tantas otras injurias como injustamente se reciben, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con sólo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo, bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte, aquel país desconocido de cuyos límites ningun caminante torna, nos envuelve en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, ántes que ir á buscar otros de que no tenemos conocimiento? Así esta prevision nos hace cobardes, así el natural valor se debilita por la prudencia y las más arriesgadas empresas no se ejecutan.... Pero la hermosa Ofelia....

ESCENA IV.

HAMLET Y OFELIA.

OFELIA. ¡Cuánto celebro que V. A. no vuelva á Witemberga!

HAMLET. ¿Quién te lo ha dicho, bella Ofelia?

OFELIA. ¿Quién? ¿Pues no acaba de asegurarlo V. A. á su augusta Madre?

HAMLET. Tienes razon: no me acordaba.

OFELIA. Lo dice V. A. con tal indiferencia, que temo molestarle con mis preguntas.

HAMLET. ¡Tú molestarme! Tú, que en medio de la afliccion que me rodea, eres mi delicia, mi consuelo, mi amor, mi esperanza.

OFELIA. ¿De verdad?

HAMLET. ¿Puedes dudarlo? Mira, Ofelia, si mi lábio te fuese perjuro, quiero que los Cielos me castiguen con su maldicion y los remordimientos acibaren el resto de mis dias. ¿Estás contenta?

OFELIA. Señor: no así acongojeis mi corazon con tales imprecaciones: creo sinceras vuestras palabras, y en mi pecho las conservaré grabadas eternamente.

HAMLET. Consérvalas, sí, Ofelia, que acaso no esté lejano el dia de su cumplimiento, y en el que nuestro tierno amor se vea estrechado con los dulces lazos de Himeneo.

OFELIA. Mucho recelo, Señor, que vuestros Padres y el mio se opongan á nuestros deseos.

HAMLET. Nada temas: Amor es libre, y nadie en el mundo tiene poder para variar sus eternas leyes. Si mi tio se opone á nuestra union, será desobedecido. Mi tio, que acaba de casarse con mi Madre, siendo este enlace, tan precipitado y contrario á la sana razon, el escándalo de toda Dinamarca. Semejante injuria á la memoria de mi Padre, es para mí un delito; y si no fuera por tí, querida Ofelia, no presenciarían mis ojos ultraje tan indigno.

OFELIA. Calmaos, Señor: ya es imposible evitar lo hecho, y os ruego que procureis darlo al olvido. Pero mi Padre llega.

ESCENA V.

DICHOS Y POLONIO.

POLONIO. Te buscaba, Ofelia.... S. M. la Reina pregunta por tí: apresúrate á recibir sus órdenes.

OFELIA. Con vuestro permiso, Señor.

HAMLET. ¡Oh, niña encantadora! ¡Cuán digna eres de poseer mi corazon!

POLONIO. Tambien S. M. el Rey me manda diga á V. A. que espera se digne asistir al convite de esta noche.

HAMLET. Está bien, Polonio.

POLONIO. ¿Me necesita V. A?

HAMLET. Nó: puedes retirarte.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO Y MARCELO.

HORACIO. A vuestras órdenes, Señor.

HAMLET. Hola, Horacio, mi buen amigo, y tú tambien, Marcelo: me alegro de veros buenos.

HORACIO Y MARCELO. Muchas gracias, Señor.

HAMLET. ¿A qué habeis venido á Elsingor?

HORACIO. Con motivo de las vacaciones, que nos han proporcionado ver tambien los funerales de vuestro augusto Padre.

HAMLET. Yo creo, queridos condiscípulos, que mejor hubiérais dicho que habíais llegado á las bodas de mi Madre.

HORACIO. Es verdad, pues se han celebrado inmediatamente.

HAMLET. ¡Y tanto! Apénas se habian retirado los manjares para el convite del duelo, cuando se sirvieron los de la boda. ¡Ah! ¡Mi Padre!.... me parece que veo á mi Padre.

HORACIO. ¿En dónde, Señor?

HAMLET. Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO. ¡Oh! era un buen Rey.

HAMLET. Y tan cabal, que no es fácil exista otro semejante.

HORACIO. Yo creo que le ví anoche.

HAMLET. ¿Le viste? ¿á quién?

HORACIO. Al Rey vuestro Padre.

HAMLET. ¿Al Rey mi Padre?

HORACIO. Prestadme oido, atento miéntras os refiero este caso maravilloso.

HAMLET. Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO. Salía yo de Palacio poco ántes de amanecer, cuando una figura semejante á vuestro Padre, armada del todo, se me puso delante, caminando tardo y majestuoso por donde yo estaba. Otra vez volvió á pasar ante mi vista, atónita de espanto.

HAMLET. ¿En dónde fué eso?

HORACIO. En la muralla de Palacio, junto al Cuerpo de Guardia.

HAMLET. ¿Y no le hablaste?

HORACIO. Sí, Señor, le hablé; pero no me contestó, desapareciendo de mi vista al rayar la aurora.

HAMLET. ¡Es admirable!

HORACIO. Ciertamente, por eso he creido con Marcelo, que debíamos daros cuenta de este suceso.

HAMLET. Sí, amigos.... sí.... pero lo que decís me llena de admiracion. ¿Ireis por allí esta noche?

HORACIO Y MARCELO. } Sí, Señor.

HAMLET. ¿Dices que iba armado?

HORACIO. Armado.

HAMLET. ¿De la frente al pié?

HORACIO. De piés á cabeza.

HAMLET. ¿ Luego, no le viste el rostro ?

HORACIO. Le ví, porque traía alzada la visera.

HAMLET. ¿ Y qué ? ¿ parecía irritado ?

HORACIO. Más anunciaba su semblante el dolor que la ira.

HAMLET. ¿ Pálido ó encendido ?

HORACIO. Muy pálido.

HAMLET. ¿ Y fijaba en tí la vista ?

HORACIO. Constantemente.

HAMLET. Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO. Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET. Sí, es verdad, sí.... ¿ y permaneció mucho tiempo ?

HORACIO. Muy poco.

HAMLET. ¿ La barba blanca ? eh ?

HORACIO. Sí, Señor, como yo se la habia visto cuando vivía de un color ceniciento.

HAMLET. Quiero ir esta noche con vosotros, por si acaso vuelve.

HORACIO. Es muy posible.

HAMLET. Si él se me presenta en la figura de mi noble Padre, yo le hablaré, á despecho del mismo infierno. En el interin, y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua. Dios os guarde, amigos. Despues de media noche iré á buscaros á la muralla.

HORACIO. Nuestra obligacion es serviros.

MARCELO. Allí estaremos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Esplanada delante de Palacio. Noche oscura.

HAMLET, HORACIO Y MARCELO.

HAMLET. El aire es sutil y frio en demasía.

MARCELO. En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET. ¿Qué hora será?

HORACIO. Me parece que aún no son las tres.

MARCELO. Yo no las he oido. *(Dá el reloj de Palacio).*

HORACIO. Hélas ahí: ya no puede tardar en dejarse ver la sombra. ¿Pero qué significa ese ruido? *(Suena á lo léjos música de clarines y timbales).*

HAMLET. Esta noche se huelga el Rey, pasándola desvelado en un banquete, y á cada copa del Rhin que bebe, los timbales y trompetas anuncian sus estrepitosos brindis.

HORACIO. ¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET. Sí; pero aunque he nacido en la Córte y estoy hecho á sus estilos, me parece sería más decoroso suprimir semejantes costumbres. Un exceso tal que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las demás Naciones; y en verdad que él sólo, por más que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta para empañar el lustre de nuestra reputacion. Así sucede en todo; un sólo defecto natural en los hombres, excede en el concepto público al mérito de las más relevantes prendas y....

HORACIO. ¿ Veis, Señor? Ya viene.

ESCENA II.

DICHOS Y LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

Esta aparece hácia el fondo del Teatro. Hamlet, al verla, se retira lleno de horror, y despues se encamina á ella.

HAMLET. ¡ Angeles del Cielo, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision: bien traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno; sea malvada ó benéfica tu mision, es necesario que yo te hable, ya que en tal forma te me presentas. Sí.... Hamlet, mi Rey, mi Padre, Soberano de Dinamarca.... ¡ Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda, dime ¿ por qué tus venerables restos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿ Por qué el sepulcro, donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo su seno, que cerraban pesados mármoles? ¿ Cuál puede ser la cáusa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez ante los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? ¿ Y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que exceden á los alcances de nues-

tra razon? Di, ¿por qué es esto? ¿por qué? ¿ó qué debemos hacer nosotros?

HORACIO. Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO. Ved con qué expresivo ademan os indica que le acompañeis; pero no hay que ir con él.

HORACIO. Nó, por ningun motivo.

HAMLET. Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO. No hagais tal, Señor.

HAMLET. ¿Y por qué nó? ¿Qué temores me han de asaltar? Yo no estimo al presente la vida, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo, como la suya, inmortal?... De nuevo me llama.... voy á seguirle....

HORACIO. Pero, Señor, ¿si os arrebata al mar ó á la espantosa cima de ese monte levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí toma otra forma horrible, capaz de impediros el uso de la razon y enagenarla con frenesí....? ¡Ay! ved lo que haceis. El lugar sólo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET. Todavía me llama.... Camina, ya te sigo. *(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo: Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y sigue).*

MARCELO. Nó, Señor, no ireis.

HAMLET. Dejadme.

HORACIO. Creedme, no vayais con él.

HAMLET. Mis hados me conducen y prestan á mi fibra la nerviosa robustez del leon africano. Aún me llama.... señores, apartad esas manos.... por Dios.... ó quedará muerto á las mias el que me detenga.... Otra vez te digo anda, que voy á seguirte.

ESCENA III.

HORACIO Y MARCELO.

HORACIO. Su exaltada imaginacion le arrebata. Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

MARCELO. Sí, vamos detrás de él.... Cuál será el fin de este suceso?

HORACIO. Los Cielos dirigirán el éxito.

ESCENA IV.

Parte remota al mar. Vista á lo léjos del Palacio de Elsingor.

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY SU PADRE.

HAMLET. ¿ A dónde me quieres llevar ?

SOMBRA. Mírame.

HAMLET. Ya te obedezco.

SOMBRA. Casi es llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadas llamas.

HAMLET. ¡ Oh, alma infeliz !

SOMBRA. No me compadezcas : préstame sólo oido atento á lo que voy á revelarte.

HAMLET. Habla, ya te escucho.

SOMBRA. Luego que me oigas ¿ prometerás venganza ?

HAMLET. ¿ Por qué ?

SOMBRA. Yo soy el alma de tu Padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡ Oh ! si me fuera dado manifestar los secretos del lugar que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría á despedazar tu corazon, helar tu sangre juvenil, tus ojos inflamados como centellas saltar de sus órbitas, tus sedosos cabellos separarse, erizándose como los del colérico

espin. Pero estos eternos misterios no son para los oidos humanos. Atiende ¡ ay ! atiende si tuviste amor á tu Padre.

HAMLET. ¡ Oh Dios !

SOMBRA. Venga mi muerte, venga mi homicidio atroz.

HAMLET. ¿ Homicidio ?

SOMBRA. Sí, homicidio cruel, como todos lo son, pero el más injusto y aleve.

HAMLET. Refiéremelo, para que en tu desagravio me precipite con la velocidad del rayo á la venganza.

SOMBRA. Ya veo cuán dispuesto te hallas á cumplir mis deseos; y aunque fueras casi insensible, no dejaría de conmoverte lo que voy á decirte. Esparcióse la voz de que, estando en mi jardin dormido, me mordió una serpiente. Toda Dinamarca fué groseramente engañada con esta fabulosa invencion : pero tú debes saber, hijo mio, que la serpiente que mordió á tu Padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET. ¡ Ah ! ¿ qué escucho ? bien me lo decía el corazon : mi tio....

SOMBRA. Sí, tu tio Claudio, ese mónstruo, valiéndose de su talento diabólico y de sus seductoras dádivas, supo inclinar y hacer suya la voluntad de la Reina mi Esposa y tu Madre, que yo creía tan llena de virtud. ¡ Oh, Hamlet, cuán grande fué su caida ! Yo, que la mostraba el amor más puro : yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido y se rindió á aquel miserable.... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana y debo ser breve. Escúchame: dormía yo, como he dicho, una tarde en mi jardin, segun costumbre, cuando tu tio se me acercó, y sacando una redoma de licor venenoso, derramó en mi oido su ponzoñosa destilacion : la cual, de tal manera es contraria á la sangre humana, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las venas y poros del cuerpo y con

súbita fuerza las recorre, cuajando la más pura y robusta sangre, como la leche se descompone con las gotas ácidas. Inmediatamente produjo su efecto en mí, y el cútis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra. Así, estando dormido, perdí á manos de mi hermano, y á un mismo tiempo, mi corona, mi Esposa y mi vida. Perdí la vida cuando no estaba dispuesto para aquel trance tan necesario al reconocimiento de mis culpas. ¡Oh maldad horrible!.... ¡horrible!.... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, nó, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho del abominable incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu Madre. Abandona este cuidado al Cielo y deja entre tanto que su conciencia la atormente. Adios, ya el crepúsculo anuncia la proximidad del dia. Adios! ¡Adios! Acuérdate de mí! *(Desaparece la sombra).*

ESCENA V.

HAMLET, Y DESPUES HORACIO Y MARCELO.

HAMLET. ¡Oh! ¡Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, miéntras haya memoria en este agitado mundo, yo me acordaré y borraré de mi memoria todos los recuerdos que pudieran apartarme de tu precepto. El sólo residirá en mi corazon. Sí, lo juro.... ¡Oh, mujer delincuente! ¡Oh malvado, execrable malvado!

MARCELO. *(gritando desde dentro)* ¡Señor! ¡Señor!

HORACIO. Los Cielos le asistan.

HAMLET. ¡Oh! háganlo así.

HORACIO. ¡Eh, Señor!....

HAMLET. ¡Hola! amigos, venid, venid.

HORACIO. ¿Qué ha sucedido?

MARCELO. ¿Qué noticias nos dais?

HAMLET. ¡ Oh ! maravillosas.

HORACIO. Decidlas.

HAMLET. No existe en toda Dinamarca un infame mayor.... pero no debo continuar, y os ruego reprimais por ahora el deseo de saber lo que ha pasado entre la sombra y yo. Tambien os pido que me concedais una corta merced.

HORACIO. Con mucho gusto ; decid cuál sea.

HAMLET. Que no direis á nadie lo que habeis visto.

HORACIO. Os doy mi palabra.

MARCELO. Y yo igualmente.

HAMLET. Pero es necesario que lo jureis.

SOMBRA. *(bajo tierra)* Juradlo.

HORACIO. ¡ Cielos !

MARCELO. ¡ Oh prodigio !

HORACIO. Proponed la fórmula.

HAMLET. Que nunca revelareis lo que habeis visto esta noche, juradlo por mi espada.

SOMBRA. Juradlo por su espada.

HORACIO Y MARCELO. Lo juramos. *(Hacen lo que dice el diálogo).*

HAMLET. Prometedme tambien que, por más singular y extraordinaria que sea mi conducta, pues desde ahora tendré que adoptarla, nunca dareis nada á entender.

HORACIO Y MARCELO. Lo prometemos.

HAMLET. Gracias, amigos : llegará un dia en que pueda manifestaros la amistad que os profeso. Vámonos. La naturaleza está en desórden. Iniquidad execrable ! ¡ Oh ! ¡ Nunca hubiera yo nacido para castigarla !

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Salon de Palacio.

POLONIO y OFELIA.

POLONIO. Varias veces te he dicho, Ofelia, que debes procurar no encontrarte a solas con el Príncipe.

OFELIA. Me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO. ¿ Y tú dás crédito á esa ternura ?

OFELIA. He creido sinceras sus palabras.

POLONIO. Pues yo nó, ni tú tampoco debes tenerlas por verdaderas, sino considerarlas como frívolas, ó de mera cortesanía y pasatiempo.

OFELIA. ¿ Nada más ?

POLONIO. Nó, pues aunque el Príncipe te ame ahora con sinceridad, y que así te lo diga y te lo jure, has de tener presente, que en el alto lugar que ocupa, sólo puede

cumplir lo que obtenga el consentimiento de la parte más principal de Dinamarca. Considera cuánto padecería tu honor si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Conviene, para evitarlo, que no omitas precaucion alguna, y no olvides que tu mayor seguridad consiste en huir de las ocasiones. Aun esquivándolas, sé por experiencia que la juventud halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA. Yo conservaré para mi defensa tan saludables máximas, aunque el Príncipe autorizó sus promesas con los más sagrados juramentos.

POLONIO. Te repito, Ofelia, que no creas ni sus palabras ni sus juramentos, porque pueden llevar una intencion siniestra, y por último, te prevengo que desde hoy no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar al Príncipe. Cuidado con no hacerlo así. Yo te lo mando.

OFELIA. Obedeceré vuestras órdenes.

ESCENA II.

POLONIO Y HAMLET, *que sale leyendo en un libro.*

POLONIO. ¿ Cómo está V. A ?

HAMLET. Bien, gracias. ¿ Quién eres ?

POLONIO. ¿ Qué, no me conoce V. A ?

HAMLET. Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO. ¿ Yó ? Nó, Señor.

HAMLET. Así fueras honrado.

POLONIO. ¿ Honrado dice V. A ?

HAMLET. Sí, Señor, que lo digo. El ser honrado, segun vá el mundo, es lo mismo que ser uno escogido entre diez mil. ¿ No tienes una hija ?

POLONIO. Sí, Señor.

HAMLET. Pues no la dejes pasear libremente. Métela en un convento, y pronto.

POLONIO. Pero, Señor, ¿ qué quiere decir con eso V. A? *(aparte)* Habla de mi hija. No obstante, al principio no me conoció. Dice que vendo peces. Sin duda ha perdido el juicio, y en verdad que siendo yo mozo recuerdo me ví, tanto como él, trastornado por el amor. Quiero hablarle otra vez. ¿ Qué estais leyendo?

HAMLET. Palabras, palabras; todo palabras.

POLONIO. Señor, ¿ me dais licencia para retirarme?

HAMLET. No me puedes pedir cosa que con más gusto te conceda.

POLONIO. Si buscais al Príncipe, vedle ahí. *(á Horacio y Marcelo, que entran).*

ESCENA III.

HAMLET, HORACIO Y MARCELO.

HAMLET. Celebro veros, amigos.

HORACIO. A vuestras órdenes, Señor.

MARCELO. ¿ Estais más tranquilo?

HAMLET. Sí, pero como os indiqué anoche que tendría que variar de conducta, os hago saber que ya he principiado á hacer el papel de loco, y confío en vuestra lealtad, que continuareis guardando el secreto de la aparicion de mi Padre.

HORACIO. Ya sabeis que lo juramos.

MARCELO. Y que por nada en el mundo faltaremos á tan sagrado juramento.

HAMLET. Gracias, amigos: no en balde os doy este inextimable título, que cada dia se vá haciendo más raro en el mundo. Ni creais que pretendo adularos. ¿ Qué utilidad reportaría de vosotros, exceptuando el honor de vuestras buenas prendas? ¿ Habrá por ventura quien adule al pobre? Nó; y por eso los que tienen almi-

barada la lengua, la emplean servilmente con los poderosos, humillándose ante la grandeza estúpida de las Córtes y los Palacios, donde por lo general se anidan la soberbia y la envidia y donde la lisonja encuentra galardon.

HORACIO. Ese es el motivo de vivir nosotros alejados de tales sitios, y si no fuese porque más bien que nuestro Príncipe, sois nuestro amigo, no hubiéramos salido de Witemberga.

HAMLET. Lo sé. Desde que mi alma pudo conocer á los hombres, vosotros fuísteis de los elegidos, y la experiencia ha confirmado mi eleccion, porque siempre, ó feliz ó desgraciado, me habeis dado pruebas de la más sincera amistad. Presentadme un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré, como lo hago con vosotros, en el centro de mi corazon. Pero oid: han venido unos actores, y esta noche se representará un drama delante del Rey: algunas de sus escenas contienen circunstancias muy parecidas á la vista á la muerte de mi Padre.

HORACIO. Decidlas, porque no recuerdo haberlas oido.

MARCELO. Ni yo, pues desde anoche, en que nos encargásteis el secreto, no os hemos visto.

HAMLET. Se trata de un veneno, cuyos pormenores os referiré ántes de principiarse la funcion, y os encargo mucho que cuando se represente aquel lance observeis á mi tio con la más viva atencion: si al ver tan completa semejanza no se descubre su oculto delito, mucho trabajo le ha de costar disimularlo. Pero nó, no puede ser: examinadle con todo cuidado, y despues uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su interior nos anuncie.

HORACIO. Descuidad.

MARCELO. ¿ Dónde nos volveremos á ver ?

HAMLET. Aquí, poco ántes de principiarse la funcion: entre tanto, venid conmigo.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS Y POLONIO.

CLAUDIO. ¿Y no te fué posible indagar, en la conversacion que tuviste con el Príncipe, de qué procede su pertinaz melancolía y su carácter sombrío y meditabundo?

POLONIO. Por más que lo he intentado, no me ha sido posible descubrir el orígen de su locura, pero sospecho que está enamorado.

GERTRUDIS. ¡Enamorado! ¿De quién?

POLONIO. Segun me ha informado mi hija, el Príncipe le ha declarado su amor.

GERTRUDIS. Ofelia es digna de la predileccion de Hamlet, pero ¿cómo podríamos conocerlo?

POLONIO. Fácilmente, haciendo que se encuentren como por casualidad el Príncipe y mi hija en este sitio, sin ser vistos de vuestra majestad.

CLAUDIO. Me parece bien ese proyecto para juzgar de lo que veamos en la conferencia; y en las acciones y palabras del Príncipe conoceremos si es el amor la cáusa de su tristeza. Tú nos avisarás cuando llegue el caso de la entrevista.

ESCENA V.

POLONIO Y OFELIA.

POLONIO. No hay duda: sólo hablando el Príncipe con mi hija podrá descubrirse este misterio.

OFELIA. *(sobresaltada)*. ¡Ay, Señor, qué susto he recibido!

POLONIO. ¿Con qué motivo?

OFELIA. Yo estaba haciendo labor en mi cuarto, cuando el Príncipe, trémulo y pálido, se presentó delante de mí.

POLONIO. ¿Y qué te dijo?

OFELIA. Me asió una mano y me la apretó con mucha fuerza. Luego, poniéndomela sobre su frente, fijó la vista en mi

rostro, recorriéndole con tanta atencion como si hubiese de retratarme. Así permaneció largo rato, hasta que por último, sacudiéndome ligeramente el brazo y moviendo tres veces la cabeza, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció daba fin á su vida. Despues comenzó á andar desatentado por el aposento: salió de él, y volvió á fijar la vista en mí, arrojándome desde la puerta esta carta.

POLONIO. A ver: veamos lo que dice. *(Lee.)* "Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia. Estas letras, destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde *(aparte.)* ¡Oh! ahora versifica:

Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al sol el movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso,
Pero desde mi amor dudan las ánsias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia, ni sé tampoco expresar mis penas: pero cree te amo en extremo, con el mayor extremo posible. A Dios. Tuyo siempre, mi adorada niña, miéntras exista Hamlet." *(Recitando).* Ya no me queda duda ni es necesaria la entrevista en que habia convenido con SS. MM.: voy á leerles esta carta, que prueba indudablemente que el Príncipe, de puro enamorado, se ha vuelto loco. Tú Ofelia, espérame aquí.

ESCENA VI.

OFELIA.

OFELIA. ¡Qué desdichada soy! Cuando más me sonreía la esperanza, prometiéndome felicidad con el Príncipe, todo se ha conjurado en mi daño, pues su locura es rematada al ver lo que ha hecho conmigo. Mas él viene; ¡Dios mio! haced que recobre la razon.

ESCENA VII.

OFELIA Y HAMLET.

OFELIA. Señor, conservo en mi poder algunas dádivas vuestras, que deseo restituiros, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET. *(aparte)* Cuánto siento verme obligado á hacer el papel de loco con mi amada Ofelia! Yo no recuerdo habértelas dado.

OFELIA. Bien sabeis que os digo verdad. Y me dísteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor: pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los más preciados dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlas aquí. *(Presentándole algunas joyas, que Hamlet rechaza.)*

HAMLET. ¡Oh! ¡Oh! Yo te quería ántes, Ofelia. Eres hermosa y honesta.

OFELIA. Así me lo dábais á entender, y la hermosura ¿puede acaso tener mejor compañera que la honestidad?

HAMLET. Mira, si ántes he dicho que te he querido, ahora repito que te amo, pero es mejor que te metas en un convento. ¿Para qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno: pero al considerar lo que es el mundo, preferiría no haber nacido.

OFELIA. ¡Oh mi buen Dios, favorecedle! *(Hace que se va, y vuelve.)*

HAMLET. He oido hablar mucho de vuestros dengues y mimos. La naturaleza os dió encantos que realzais con otros fingidos. Con vuestras visitas, vuestros brinquitos, ese pasito corto y ese hablar aniñado, pasais por inocentes y convertís en gracias vuestros defectos mismos. Pero no hablemos más de esto. Digo sólo que de hoy en adelante no habrá más casamientos. Los que

están hechos (exceptuando uno) permanecerán así.... pero vete al convento, vete.... Sin embargo, debes saber que te adoro y que. al fin, me caso contigo.

OFELIA. ¡ El cielo con su poder le alivie !

POLONIO. Puedes retirarte, Ofelia.

ESCENA VIII.

HAMLET Y POLONIO.

POLONIO. Señor, los actores esperan vuestras órdenes.

HAMLET. ¡ Tuh ! ¡ Tuh ! ¡ Tuh ! Oh Jepté, Juez de Israel. ¡Qué tesoro poseiste !

POLONIO. ¿ Y qué tesoro era el suyo ?

HAMLET. ¿ Qué tesoro ?

No más que una hermosa hija
A quien amaba en extremo.

POLONIO Siempre pensando en mi hija.

HAMLET. ¿ No tengo razon, anciano Jepté ?

POLONIO. Si me llamais Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET. Convenido.... pero dí que entren los actores.

ESCENA IX.

DICHOS, TRES ACTORES Y UNA ACTRIZ.

HAMLET. Bien venidos, señores. Yo quiero que esta noche hagais alarde de vuestra habilidad.

ACTOR 1º Decidnos lo que gusteis.

HAMLET. Recuerdo haber leido hace tiempo una composicion que á mi me pareció excelente, bien dispuesta la fábula y escrita con elegancia y decoro. Particularmente me gusta en ella el pasaje que precede á la catástrofe.

ACTOR 1º ¿ Y cómo se llama ese drama ó trajedia ?

HAMLET. La muerte de Gonzago. ¿ Pudiérais representarla ?

ACTOR 1º Cuando gusteis.

HAMLET. Pues bien, disponedla para esta misma noche, y además, quiero intercalar en ella unos pocos versos. ¿Lo hareis?

ACTOR 1º Sí, Señor.

HAMLET. Retiraos entónces para ensayarla. Tú, Polonio, haz que estos señores se establezcan, y agasajalos bien. ¿Lo entiendes?

POLONIO. Yo los trataré como merecen.

HAMLET. ¡Qué disparate! Nó, Señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quién escaparía de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor: cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO. Venid, señores.

ESCENA X.

HAMLET.

HAMLET. ¿No es admirable que estos actores puedan en una fábula dirigir tan á su placer el ánimo, modelando todas sus acciones á lo que quieren expresar? ¡Qué no harían si tuviesen los justos motivos de mi acerbo dolor! Inundarían el teatro con llanto: su terrible acento conturbaría á cuantos le oyesen: llenarían de desesperacion al culpado, al ignorante de confusion, y sorprenderían al auditorio con su imponente ademan. Sí; y yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados han sido heridos en el alma con tal fuerza por la ilusion, que á vista de todos han publicado sus delitos, porque la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifiesta por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi

tio el pasaje parecido al de la muerte de mi padre: le herirá en lo más vivo del corazon, observaré sus miradas y hasta sus menores acciones ¡Oh! No hay duda: esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del Rey.

Acto Cuarto.

Salon de Palacio. Es de noche.

El salon estará iluminado: habrá asientos que forman semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Habrá en el foro una gran puerta con pabellones y cortinas, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.

ESCENA I.

Hamlet y Polonio.

Hamlet. Y bien, Polonio, ¿gustará el Rey de oir esta trajedia?

Polonio. Sí, Señor, y la Reina tambien: habiéndome encargado SS. MM. dé á V. A. las más expresivas gracias por su atenta invitacion.

Hamlet. Lo cerebro. Vé á decir á los actores que se dispongan para salir.

Polonio. Voy, Señor.

ESCENA II.

HAMLET, HORACIO Y MARCELO.

HAMLET. Bien venidos, amigos. Pronto va á principiarse la funcion, y como estais ya perfectamente enterados de las circunstancias de la muerte de mi padre, es inútil os recomiende la mayor atencion para que observeis á mi tio, y muy particularmente cuando llegue el momento de derramar en el oido el ponzoñoso veneno.

HORACIO. Está bien, y no creo que pueda el Rey ocultar la emocion que experimente.

MARCELO. Descuidad en nosotros, pues con las noticias que tenemos, dificulto que vuestro tio resista á la terrible escena que nos habéis explicado.

HAMLET. Ya vienen á la funcion. Vuélvome á hacer el loco. Buscad asientos á propósito de vuestra idea.

ESCENA III.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, OFELIA, HORACIO, MARCELO *y acompañamiento de damas, caballeros, pajes y guardias. (Suena la marcha Dánica.)*

CLAUDIO. ¿Cómo estais, mi querido Hamlet?

HAMLET. Muy bien, Señor: me mantengo del aire como el camaleon, ¿y vos?

CLAUDIO. No comprendo esa respuesta.

HAMLET. ¿Y tú? *(á Polonio)* ¿No me has dicho que una vez representaste?

POLONIO. Sí, Señor, y por cierto que fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET. ¿Y qué papel hiciste?

POLONIO. El de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET. ¡Bruto, eh!.... ¿Están ya prevenidos los actores?

POLONIO. Sí, Señor, y esperan sólo vuestras órdenes.

HAMLET. Diles que ya pueden empezar.

(Váse Polonio y pronto vuelve.)

GERTRUDIS. Ven, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

[*Gertrúdis y Cláudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su derecha las damas y caballeros. Hamlet se sienta al lado de Ofelia.*]

HAMLET. Estoy perfectamente: aquí hay un iman de más atraccion para mí.

POLONIO. [*á Gertrúdis*] ¿Ha oido V. M?

HAMLET. [*á Ofelia*] ¿Permitireis que me apoye en vuestros brazos?

OFELIA. Nó, Señor.

HAMLET. Quiero decir, sobre el respaldo de vuestra silla.

OFELIA. Entónces, bien.

HAMLET. ¡Oh, cuán dulce es estar al lado de la que se ama!

ESCENA IV.

ACTOR 3º Y DICHOS.

ACTOR.
Humildemente os pedimos
Que escucheis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella. (*Váse.*)

OFELIA. Qué corto ha sido el prólogo.

HAMLET. Como cariño de mujer.

ESCENA V.

DICHOS, ACTOR 1º Y ACTRIZ.

ACTOR 1º
Ya treinta vueltas dió de Febo el carro,
A las ondas saladas del Nereo,
Y al globo de la tierra, y treinta veces

Con luz prestada han alumbrado el suelo
Doce lunas en giros repetidos.
Despues que el Dios de amor y el himeneo
Nos enlazaron, para dicha nuestra,
En nudo santo el corazon y el cuello.

ACTRIZ. Y ¡oh! quiera el cielo que otros tantos giros
A la luna y al sol, Señor, contemos
Antes que el fuego de este amor se apague;
Pero es mi pena inconsolable al veros
Doliente, triste, y tan diverso ahora
De aquél que fuísteis... Tímida recelo...
Mas toda mi afliccion nada os conturbe
Que en pecho femenil llega al exceso,
El temor y el amor: allí residen
En igual proporcion ambos afectos.
O no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquél con el mayor extremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina.
Las pruebas lo dirán que dadas tengo,
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivo tal vez, vive temiendo:
La que al veros así, toda es temores,
Muy poco abrigará dentro en el pecho.

ACTOR 1º Sí, yo debo dejarte, amada mia,
Inevitable es ya; cederán presto
A la muerte mis fuerzas fatigadas:
Tú vivirás gozando del obsequio
Y el amor de la tierra. Acaso entónces
Un digno esposo....

ACTRIZ. Nó, dad al silencio
Esos anuncios, ¿yo? pues no serían
Traicion culpable en mí tales efectos?
¿Yo un nuevo esposo? Nó, la que se entrega
Al segundo, Señor, mató al primero.
Motivos de interés tal vez inducen
A renovar los nudos de Himeneo:

No motivos de amor: yo causaría
Segunda muerte á mi difunto dueño,
Cuando del nuevo esposo recibiera
En tálamo nupcial amantes besos.

ACTOR 1º No dudaré que el corazon te dicte
Lo que aseguras hoy: fácil creemos
Cumplir lo prometido, y fácilmente
Se quebranta y se olvida. Los deseos
Del hombre á la memoria están sumisos,
Que nace activa y desfallece presto.
Amor, como la suerte, es inconstante:
Que en este mundo al fin nada hay eterno,
Y aún se ignora si él manda á la fortuna
O si ésta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del hogar sublime
Se precipita, le abandonan luego
Cuantos gozaron su favor: si el pobre
Sube á prosperidad, los que le fueron
Más enemigos, su amistad procuran:
Y el amor sigue á la fortuna en esto,
Que nunca al venturoso amigos faltan
Ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
Los destinos del hombre y sus afectos.
Y sólo en él la voluntad es libre;
Mas nó la ejecucion, y así el suceso
Nuestros designios todos desvanece,
Tú me prometes no rendir á nuevo
Yugo tu libertad.... Esas ideas,
¡Ay! morirán cuando me vieres muerto.

ACTRIZ. Luces me niegue el sol, frutos la tierra;
Sin descanso y placer, viva muriendo
Desesperada y en prision oscura;
Su mesa envidie al heremita austero;
Cuantas penas al ánimo entristecen,
Todas turben el fin de mis deseos

Y los destruyan; ni quietud encuentre
En parte alguna con afan eterno,
Si ya difunto mi primer esposo,
Segundas bodas pérfida celebro.

ACTOR 1º Mucho juraste. Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud, rendido siento
Al casancio mi espíritu. Permite
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.
(Se acuesta en un lecho de flores.)

ACTRIZ. El te halague
Con tranquilo descanso, y nunca el cielo
En union tan feliz pesares mezcle.

CLAUDIO. ¿Te has enterado bien del asunto? Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET. Nó, Señor. Todo es mera ficcion; un veneno.... fingido: pero nada de mal ejemplo.

CLAUDIO. ¿Cómo se titula este drama?

HAMLET. La ratonera, ó la noche del desengaño, como querais. Es un título metafórico, y el desenlace, aunque trágico, sorprende por la novedad. El Duque se llama Gonzago y su mujer Baptista.... Ya.... ya vereis.... ¡oh! es un enredo maldito. Este que sale ahora se llama Luciano, hermano del Duque.

ACTOR 2º Negros designios, brazo ya propicio
A ejecutarlos, favorable el tiempo,
Y nadie que lo observe. Tú, extraido
De la profunda noche en el silencio,
Atroz veneno, de mortales yerbas,
Por conjuro diábolico compuesto,
Infestadas tres veces y otras tantas
Esprimidas despues, sirve á mi intento,
Pues á tu actividad mágica, horrible,
La robustez vital cede tan presto.
(Acércase á donde está durmiendo el Actor 1º, destapa un frasquillo y le echa una porcion de licor en el oido).

HAMLET. *(A Claudio.)* ¿ Veis ? Ahora le envenena en el jardin para usurparle el Cetro. El Duque ya os dije que se llamaba Gonzago... Presto vereis cómo su mujer se enamora del asesino. *(Levántase Claudio lleno de indignacion. Gertrudis, los Caballeros, Damas* y *acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo).*

OFELIA. El Rey se levanta.

HAMLET. ¡ Qué ! ¿ le amenaza un fuego aparente ?

GERTRUDIS. ¿ Qué teneis Señor ?

CLAUDIO. Traed luces; vámonos de aquí.

TODOS. Luces, luces.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO Y MARCELO.

HAMLET. ¡ Oh ! mis buenos amigos : cuanto aquél espíritu dijo es demasiado cierto. ¿ Lo habeis visto ?

HORACIO. No cabe la menor duda.

HAMLET. ¿ Observásteis bien á mi tio en el acto del envenenamiento ?

MARCELO. Bien observé entónces al Rey, que no pudo disimular por más tiempo la representacion de su delito.

HORACIO. ¿ Y qué pensais hacer ?

HAMLET. Cumplir sin dilacion la voluntad de mi Padre.

HORACIO. Si podemos contribuir á ella, ya sabeis que estamos á vuestras órdenes.

MARCELO. Como verdaderos amigos.

HAMLET. Estimo el favor, pero no es necesaria vuestra ayuda. Id á descansar y mañana nos volveremos á ver.

LOS DOS. Como gusteis.

ESCENA VII.

HAMLET.

HAMLET. Esta es la hora en que yo podría matar al asesino de mi Padre. Pero nó: en este momento estará mi tio acompañado de mi Madre, y mi pecho no debe albergar la fiereza de Neron. Mañana... ¡oh! sí, mañana sucumbirá bajo la acerada punta de mi puñal: caiga entónces precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita como el infierno que ha de recibirle.

ACTO QUINTO.

Salon de Palacio.

(*Habrá un sillon al lado de una mesa con escribanía, &c.*)

ESCENA I.

CLAUDIO.

CLAUDIO. ¡ Oh ! ¡ mi culpa es atroz! ¡ y llevo conmigo la maldicion del cielo! No puedo orar, por más que eficazmente lo procuro, que es más fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Pero si este brazo execrable estuviese aún más teñido en la sangre fraterna, ¿ faltaría en los cielos piadosa lluvia para volverle cándido como la nieve ? ¿ De qué sirve la misericordia, si se niega á oir la súplica del pecado ? ¿ Qué hay en la oracion, sino aquella duplicada fuerza capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdon habien-

do caido ? Sí, alzaré mis ojos al cielo y quedará borrada mi culpa.... Pero ¿ qué género de oracion habré de usar ? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí.... ¡ Ah ! que será imposible miéntras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad ; mi ambicion, mi corona y mi esposa...... ¿ Podrá merecerse el perdon cuando la ofensa existe ? En este mundo engañador y estragado, sucede con frecuencia que la mano delicuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes : no así en el cielo, que allí no hay engaños : allí aparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar todas nuestras faltas sin excusa ni atenuacion alguna. Veamos, en fin, lo que puede el arrepentimiento.... ¿ Pero qué ha de poder con quien no puede arrepentirse ? ¡ Oh ! situacion infeliz de conciencia ennegrecida con sombras de muerte ! ¡ Oh! alma mia apasionada, que cuanto más te esfuerces por ser libre, más quedas oprimida. Nó, no hay remedio para mí, y en verdad.... ¿podré nunca vivir tranquilo, teniendo á Hamlet á mi lado ? Al hijo de aquél que asesiné cruelmente para posesionarme de su corona y de su esposa ?.... No ha sido él, áun suponiendo que su locura no sea fingida, el que ha hecho representar anoche delante de mí un drama igual en un todo á lo que yo hice con mi hermano ? ¡ Oh ! sí: aquél lecho de flores donde le hallé dormido : la soledad misteriosa del sitio, el fluido venenoso que en el oido le derramé : todo, todo es imposible que, á no haberlo presenciado, pudiera representarse con tal semejanza. Mi seguridad exige la muerte de Hamlet, alejándole de aquí, donde es tan querido. En él se me representa la imágen de su padre pidiendo venganza. ¿ Qué tardo, pues, en tomar una pronta resolucion que tranquilice mi agitado espíritu ? Voy á escribir con este objeto á mi tributaria

Inglaterra, que obedecerá sin dilacion mis órdenes. [*Se sienta y escribe.*]
Ya está; y hasta que sepa la muerte de Hamlet no se restablecerá en mi corazon la tranquilidad ni la alegría. ¿Pero, quiénes deberán acompañarle para no excitar sus sospechas y que al mismo tiempo sean personas que me inspiren confianza? Meditemos.

ESCENA II.

CLAUDIO y HAMLET.

HAMLET. Esta es la ocasion propicia. Ahora le mato *(acercándose con puñal en mano).* Mas.... ¿ qué veo? Un pliego escrito á Inglaterra. Veamos: pide mi muerte.... ¡Ah! No sabes, malvado, que la tuya está bien próxima. *(Oculta el puñal.)*

ESCENA III.

DICHOS y POLONIO.

POLONIO. Señor, Vuestra Madre me manda llamar á V. A.
CLAUDIO. ¿ Quién está aquí? (*levantándose*) ¡ Hamlet! ¿eres tú, Hamlet? me alegro: pues tenia que decirte dispusieras sin dilacion tu viaje á Inglaterra.
HAMLET. ¿ Quién, yo? ¿ por qué motivo?
CLAUDIO. A traer los tributos vencidos, y tambien convencido de que este viaje aprovechará á tu salud.
HAMLET. ¿ Quién ha dicho que mi salud está enferma?
CLAUDIO. Los médicos.
HAMLET. ¿ Qué médicos?
CLAUDIO. Los nuestros, los de la Cámara.
HAMLET. ¿Y han opinado que necesito hacer ese viaje para ponerme bueno.?

CLAUDIO. Sin duda.

HAMLET. Es raro que los médicos, sin haberme preguntado na da, afirmen que estoy enfermo y que mi mal se cur con los aires del mar.

CLAUDIO. Pues todos son de ese parecer. Además, convien que en mi nombre vaya á Inglaterra un Prócer de nues tra nobleza para que forme alta idea de nuestro pode y he creido muy acertado que tú seas, como inmediat heredero de la Corona de Dinamarca, quien digna mente me represente.

HAMLET. Muy bien.

CLAUDIO. Sí, muy bien debe parecerte si has comprendido el fi á que se encaminan mis deseos.

HAMLET. Yo veo un ángel que los vé.

POLONIO. Señor, os recuerdo que la Reina me encargó dijese V. A. que deseaba hablaros al instante en su gabinete

HAMLET. Mi madre me espera. *(aparte)* Malvado, esta tregu que ahora te doy no evitará tu pronta muerte.

ESCENA IV.

CLAUDIO.

CLAUDIO. ¡Cielos, qué descuido! (*mirando á la mesa.*) Pero nó Hamlet no ha podido leer este pliego: de otro modo le hubiera sido imposible el disimulo. Lo cerraré y sellaré, disponiendo todo lo necesario para que el Príncipe salga de aquí mañana mismo. (*Lo cierra y sella.*)

ESCENA V.

CLAUDIO, HORACIO y MARCELO.

HORACIO. Buscamos al Príncipe.

CLAUDIO. Celebro que vengais á tan buen tiempo. Precisamen-

te iba á decir que os llamasen. He dispuesto que Hamlet salga mañana para Inglaterra á exigir los tributos que nos debe: y nadie como vosotros, que sois sus amigos, podeis acompañarle y cuidar de su persona. Además, segun dictámen de los médicos, necesita viajar con objeto de conseguir su alivio, pues ya habreis notado en él algunos extravíos de su razon. Por eso os entrego este pliego para que hagais el uso conveniente, segun las instrucciones que tambien os daré: todo lo demás, y el buque que ha de conduciros, está pronto. (*Le dá el pliego á* HORACIO.)

ORACIO. ¿Y el Príncipe, lo sabe ya?

LAUDIO. Acababa de decírselo cuando entrásteis, pero ignoraba aún que vosotros debíais acompañarle.

ORACIO. Si en ello es gustoso el Príncipe, por nuestra parte no hay inconveniente. ¿Qué dices, Marcelo?

ARCELO. Tambien estoy conforme, porque supongo que nuestra ausencia no será muy larga.

LAUDIO. Poco más de un mes. Así, acelerad vuestros preparativos para que mañana mismo esteis embarcados.

ORACIO. Está bien, Señor.

LAUDIO. (*Aparte.*) ¡Ah! Pronto se verán cumplidos mis deseos.

ESCENA VI.

Cuarto de la Reina.

GERTRUDIS Y POLONIO.

ERTRUDIS. ¿Dijistes á Hamlet que yo le esperaba?

OLONIO. Sí, Señora; ya no puede tardar.

ERTRUDIS. ¿Y Ofelia, dónde está, que no la he visto en todo el dia?

OLONIO. ¡Ay Señora! Soy muy desgraciado; mi hija creo que tambien se ha vuelto loca.

GERTRUDIS. ¿Qué has advertido en ella para figurártelo? ¿A qué lo atribuyes?

POLONIO. Señora: no tengo duda de que mi hija ama al Príncipe, y como yo la he reprendido este amor, y además, se vé contrariada por la indiferencia que le muestra su amante, á cáusa del triste estado de su razon, todo esto puede ser motivo para que mi hija haya perdido el juicio.

GERTRUDIS. ¿Y qué es lo que quiere? ¿Qué dice?

POLONIO. Si la oyéseis, os daría compasion: solloza y rie á un tiempo: se acuerda del Príncipe y profiere discursos equívocos. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion expresiva, parece que existe en ella algun vislumbre de razon: pero nada hay de cierto sino que se halla en el estado más infeliz. Vedla, aquí se acerca.

ESCENA VII.

DICHOS Y OFELIA.

OFELIA. ¿En dónde está la hermosa Reina de Dinamarca?

GERTRUDIS. ¿Cómo te va, Ofelia?

OFELIA. *(Estos versos y todos los que siguen los canta Ofelia).*

¿Cómo el amante
Que fiel te sirva
De otro cualquiera
Distinguirías?
Por las veneras
De su esclavina,
Bordon, sombrero
Con plumas rizas
Y su calzado
Que adornan cintas.

GERTRUDIS. ¡Oh, querida mia! ¿y á qué propósito viene la cancion?

OFELIA. ¿ Eso decís? Atended á ésta.

Loco es ya, Señora,
Loco, y no está aquí:
Mi amor halagado
En sus ojos ví,
Y luego cambiarse
Contra esta infeliz
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! [*Dando risotadas.*]

GERTRUDIS. Sí, pero Ofelia....

OFELIA. Oid, oid.

Marchóse de pronto
Sin decirme afable:
Ofelia, te quiero,
Te adoro, mi amante:
Y luego que vuelva
Por fin de mi viaje,
Verás nuestra boda
Feliz celebrarse.

ESCENA VIII.

DICHOS Y HAMLET.

HAMLET. ¿ Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA. Buena: Dios os lo pague. ¡Ah! Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos ser. Dios vendrá á visitarnos. Pero nó, no hablemos más de esto, y si os preguntan lo que significa, decid:

De San Valentino
La fiesta es mañana:
Yo, niña amorosa,
Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me traigas:

Despierta el mancebo,
Se viste de gala,
Y abriendo las puertas
Se entró la muchacha,
Que viniendo alegre
Volvió desmayada.

HAMLET. ¿ Qué dices, Ofelia ? Mírame: soy Hamlet.

OFELIA. ¡ Oh sí! Esa dulce voz se parece á la de mi querido Hamlet. Pero tú no eres Hamlet; nó: Hamlet se fué para Inglaterra.

HAMLET. ¡ Oh, Dios mio! No me conoce. Atiende, Ofelia: soy Hamlet, tu amante Hamlet.

OFELIA. Yo espero que todo irá bien.... Debemos tener paciencia. [*Se extremece y llora*]. Yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos [*con mucha viveza y alegría*]. Vamos, la carroza; buenas noches, señores, buenas noches.... Amiguitas, buenas noches.

GERTRUDIS. [*A Polonio*]. Acompáñala á su cuarto y haz que esté bien asistida.

HAMLET. [*Tambien á Polonio*]. Cuida mucho á tu hija: yo te lo ruego.

POLONIO. Así lo haré.

ESCENA IX.

GERTRUDIS Y HAMLET.

GERTRUDIS. Ya has visto cómo desvaría la infeliz Ofelia.

HAMLET. Desgraciada. Pero acaso tenga remedio. Ahora decid: ¿ qué mandais, Señora?

GERTRUDIS. Muy ofendido tienes á tu Padre.

HAMLET. Madre, muy ofendido teneis al mio.

GERTRUDIS. Ven, ven aquí: tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET. Voy, voy allá.... y vos me preguntais con lengua muy perversa.

GERTRUDIS. ¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET. ¿Qué es esto, Madre?

GERTRUDIS. ¿Te olvidas de quién soy?

HAMLET. Nó, por Dios. Sois la reina casada con el hermano de vuestro esposo, y.... ojalá no fuera así.... En fin, sois mi Madre.

GERTRUDIS. Bien está yo te pondré delante de quien te haga hablar con más respeto.

HAMLET. Venid *(Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrúdis, la hace al fin sentar)*. Sentaos, y no saldreis de aquí, no os movereis sin que os ponga un espejo delante en que veais lo más oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS. ¿Qué intentas hacer? ¿Qué accion cometes tan precipitada y reprensible?

HAMLET. Es verdad, Madre mia: accion precipitada y casi tan sangrienta como la de matar á un rey y casarse despues con su hermano.

GERTRUDIS. ¿Matar á un Rey?

HAMLET. Sí, Señora, eso he dicho. Nó, no os torzais las manos.... sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazon.... Así he de hacerlo, si no lo teneis formado de impenetrable acero; si las depravadas costumbres no le han convertido en muro de bronce opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS. ¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me hables?

HAMLET. Una accion que mancha la candidez de la modestia, que dá nombre de hipocresía á la virtud; que hace más pérfidos los votos conyugales, que las promesas del rufian: una accion que destruye la buena fé de los contratos y convierte la inefable religion en frívolas sutilezas; una accion, en fin, capaz de inflamar la ira del cielo.

GERTRUDIS. ¡Ay de mí! Y qué accion es esa que me anuncias con espantosa voz de trueno?

HAMLET. ¿Veis aquí presentes en esa y esta pintura *(señalando á*

los retratos que habrá colgados en la pared, uno del rey Hamlet y otro de Cláudio), los retratos de los dos hermanos? ¡ Ved cuánta gracia reside en aquél semblante! ¡ Notad su varonil hermosura, su gentileza sin par, la bella combinacion de sus formas, que realzaban aún más sus nobles prendas, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre sólo. Tal fué vuestro primer esposo. Mirad el que lo es ahora, y cómo la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿ Lo veis bien? ¿ Pudísteis preferir á las delicias purísimas que con aquél gustábais, el cieno inmundo que éste os presenta? ¡ Ah! lo veis bien?.... No podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia. Sentidos teneis, que á no ser así, no tuviérais afectos: pero esos sentidos deben padecer letargo profundo. La demencia misma no podia incurrir en tanto error: ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones que no quede suficiente juicio para saber dirigir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible. ¿ Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato sólo: una débil porcion de cualquier sentido hubiera bastado á impedir tal estupidez. ¡ Oh, modestia, y no te sonrojas! ¡ Oh, entendimiento, que así prostituyes el corazon!

GERTRUDIS. No digas más, Hamlet.... tus razones me las hace repetir mi conciencia, y advierto allí las más negras y groseras manchas que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET. ¿ Y permanecereis así, en un lecho incestuoso envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor á un malvado?

GERTRUDIS. ¡ No más! ¡ No más! Que esas palabras, como agudos puñales, hieren mis oidos. No más, querido Hamlet.

HAMLET. Un asesino.... un mónstruo, inferior mil veces á

vuestro difunto esposo.... escarnio de los Reyes.... ratero del imperio y del mundo, que robó la preciosa Corona de que es indigno.

GERTRUDIS. ¡ No más! que tus palabras me causan miedo. Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles, y tus cabellos, que pendian adquiriendo vida y movimiento, se erizan causando horror. Hijo mio, cese tu agitacion; mira que soy tu madre.

HAMLET. Lo sé muy bien: pero merezco disculpa si en esta ocasion os digo la verdad con energía. La sombra airada de mi querido padre me anima. ¡ Ah! me parece que la estoy viendo.

GERTRUDIS. Todo es efecto de la fantasía. El desórden que padece tu espíritu produce esas ilusiones.

HAMLET. ¿ Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases.... Nó, nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba y vereis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡ Ah, madre mia! en merced os pido que no apliqueis al alma esa uncion halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla y no vuestro delito. Con tal medicina lograreis sólo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestifera que interiormente la corroe. Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado y precaved lo futuro. Perdonad este desahogo al amor que os tengo.

GERTRUDIS. ¡ Ay, Hamlet! Tú despedazas mi corazon.

HAMLET. ¿ Sí? Pues apartad de vos aquella porcion más dañada y vivid con la que está más inocente. Entónces, y cuando aspireis de veras á la bendicion del cielo, yo os pediré tambien vuestra bendicion. Madre, buenas noches. ¡ Ah! escuchad.

GERTRUDIS. ¿ Qué?

HAMLET. ¿ Sabeis que debo ir á Inglaterra?

GERTRUDIS. ¡ Ahí! sí; lo habia olvidado.

HAMLET. Tengo entendido que hay cartas selladas y que todo está dispuesto para mi viaje. Me creen loco, y no saben que mi locura ha sido fingida para cerciorarme del horroroso crímen. Buenas noches, Madre.

GERTRUDIS. Dios te guarde, hijo mio.

Acto Sexto.

ESCENA I.

Salon de Palacio.

Claudio y Gertrudis.

Claudio. Esos suspiros, esos profundos sollozos, alguna cáusa tienen: dímela para remediarla si es posible.

Gertrudis. ¡Ay! ¡Cuánto he sufrido!

Claudio. ¿Por quién, Gertrúdis? ¿Es por Hamlet? ¿Dónde se halla?

Gertrudis. Ahora no lo sé; pero anoche estaba furioso porque le reprendí su extraña conducta.

Clrudio. Ese desenfreno insolente amenaza á todos cuantos le tratan, y áun á tí misma. Nuestra autoridad debería haber reprimido á ese jóven, poniéndole ántes en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el excesivo amor que le tenemos, y el que le profesa el pueblo,

nos ha impedido hacerlo hasta ahora. Desde hoy, yo te aseguro que no te hará derramar más lágrimas.

GERTRUDIS. Sin embargo, las que vertí anoche fueron justas. Al fin es mi hijo: va á hacer un viaje, y la afliccion que experimento es natural.

CLAUDIO. Pero debes mitigarla, considerando el bien que nos proporcionará su ausencia. La locura ha de estudiarse con escrupulosa atencion, y la de Hamlet raya en peligroso frenesí.

GERTRUDIS. Verdad es que en el acto en que su violencia le agita, infunde temor; mas despues, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crias, permanece en envidiable reposo.

CLAUDIO. Yo no soy de tu parecer, y extraño mucho que trates de disculparle.

GERTRUDIS. ¡Extrañarlo! ¿Y por qué? ¿No ha sido siempre, hasta la reciente muerte de su padre, afable, compasivo y generoso? ¿No le han granjeado tan altas prendas el respeto y cariño de toda Dinamarca?

CLAUDIO. Sí; mas ahora ha cambiado de carácter: la reserva que tiene, su aire sombrío y su mirada errante é iracunda me ponen en cuidado, y veo en él una contínua amenaza á nuestra seguridad. Por eso le envío á Inglatera.

GERTRUDIS. No me opongo á tu resolucion; pero al ménos déjame el consuelo de que llore su ausencia.

CLAUDIO. No lo merece.

GERTRUDIS. ¡Qué! ¿No es mi hijo? Desde cuándo se niega á una madre ese inocente desahogo, ese entrañable afecto? Negarás á la naturaleza títulos tan sagrados?

CLAUDIO. Séanlo en buen hora; mas tú misma ¿no me acabas de decir que anoche te faltó al respeto?

GERTRUDIS. Tambien yo le hablé con demasiada severidad.

CLAUDIO. Disimúlale cuanto quieras. Yo espero no verle más á tu lado.

GERTRUDIS. ¡Qué dices! ¿es una amenaza? Atentarás á la vida de Hamlet?

CLAUDIO. Le aborrezco.

GERTRUDIS. ¡ Oh, Dios mio ! Ahora reconozco que el cielo me castiga con sobrada justicia. Sí, yo me confieso culpable por haber quebrantado, con mis segundas nupcias, la fidelidad que juré á mi primer esposo. ¡ Perdon, Dios mio ! ¡ Perdon !

CLAUDIO. Basta, Gertrudis: no prosigamos una conversacion tan enojosa.

ESCENA II.

DICHOS Y OFELIA.

(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto y una guirnalda de flores silvestres en la cabeza, trayendo en el faldellin tambien muchas flores y yerbas).

GERTRUDIS. ¡ Pobre Ofelia ! Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella : pero ahora no lo veo tan fácil.

OFELIA. *(A Claudio).* Debeis cantar aquello de

Qué léjos está ;
Llamadle, Señor ; qué léjos está.

¡ Ay, qué á propósito viene el estribillo !

CLAUDIO. Esas palabras vanas confirman el triste estado de su razon.

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es
bueno para la memoria

(á Claudio). Tomad para que os acordeis *(á Gertrudis).* Aquí hay hinojo para vos y ruda para vos tambien, y este poquito para mí. Bien os quisiera dar algunas violetas, pero todas se marchitaron.

Nos deja, se va
Y no ha de volver :
Nó, que ya marchó ;
No vendrá otra vez.

Su barba era rubia,
Su pelo tambien:
Se fué ¡ dolorosa
Partida! se fué.
En vano exhalamos
Suspiros por él:
Los cielos piadosos
Consuelo le den.

A él y á todos. Dios lo quiera. ¡Eh! Señores, adios. *(Váse Ofelia).*

CLAUDIO. ¡Desdichada Ofelia!

GERTRUDIS. Voy á seguirla y á dejarla al lado de su Padre, no sea que la suceda una desgracia. [*Váse Gertrudis*].

ESCENA III.

CLAUDIO.

CLAUDIO. Conozco que me he excedido, tratando á mi esposa con demasiada dureza. Yo procuraré calmar su dolor, para que juzgue casual la muerte que mando dar á su hijo. Me conviene adoptar esta conducta, á fin de alejar de mí toda sospecha. Pero no puedo ménos de sacrificar á Hamlet: ese jóven me cáusa miedo y horror á un tiempo. Es preciso que él muera, para que yo viva.

ESCENA IV.

DICHO, HORACIO Y MARCELO.

Bien venidos seais, señores. ¿ Estais dispuestos para el viaje?

HORACIO.
MARCELO. } Sí, Señor.

CLAUDIO. Supongo que llevareis con vosotros el pliego que os dí para entregarle en propia mano á la suprema autoridad de Inglaterra. ¿Quién lo tiene?

HORACIO. Yo.

CLAUDIO. Está bien, y debereis presentarle acompañado de Hamlet, para que al mismo tiempo le reconozcan por mi hijo; y no extrañeis los extravíos de su razon. Creo excusado recomendaros á Hamlet, para que le trateis como merece por todos conceptos.

HORACIO. Será obedecido V. M.

MARCELO. Ese es nuestro deber; además, de que no ignora V. M. de que somos condiscípulos y amigos del Príncipe.

CLAUDIO. Lo sé, y aprecio vuestra buena voluntad. Mi gratitud no tendrá límites, recompensando á vuestro regreso tan señalado servicio. Voy á llamar á Hamlet para que apresure sus preparativos de marcha, y espero tambien de vosotros, que le insteis al embarque con las mayores instancias, pues mi deseo es, que salgais esta misma noche. Ya os dije que todo cuanto es necesario está dispuesto.

HORACIO. Por nosotros, no hay detencion, y si no la tiene el Príncipe.... mas él viene.

ESCENA V.

DICHOS Y HAMLET.

CLAUDIO. He creido conveniente, Hamlet, que estos señores te acompañen á Inglaterra: creo que te será grata su compañía.

HAMLET. Son, en efecto, mis mejores amigos.

CLAUDIO. Lo celebro, y como todo está prevenido, sólo falta que os prepareis para embarcaros sin demora.

HAMLET. ¡Oh! muy pronto lo decís.

CLAUDIO. Repito que todo está dispuesto para vuestra salida.

HAMLET. Sí, pero el caso es que yo no me embarco.

CLAUDIO. ¡Que no te embarcas! ¿por qué motivo?

HAMLET. Porque tengo ántes que saldar aquí una cuenta.

CLAUDIO. No te entiendo. Ya veis, sin duda desvaría. Instadle vosotros y convencedle para que no se retarde el embarque, pues el buque debe salir hoy mismo.

HAMLET. Es inútil; ya lo he dicho.

CLAUDIO. Obligadle, caso necesario.

HORACIO. ¡Pero, Señor, si el Príncipe se resiste!....

MARCELO. Y V. M. puede conocer que no debemos emplear la violencia.

CLAUDIO. ¡Qué escucho! ¿Desobedecereis mis órdenes...? ¡Ah! ¡qué siniestra idea cruza por mi mente!.... Dadme el pliego que os entregué anoche.

HORACIO. Será servido V. M.

CLAUDIO. Venga sin detencion: venga. En mal hora me acordé de vosotros. Me habeis vendido.

HAMLET. Hablad con más respeto de estos señores.

CLAUDIO. Entregádmelo, ó temed mi cólera.

HORACIO. Ahí lo teneis. Ved si está como lo dísteis. (*Cláudio le mira detenidamente.*) Ignoro la cáusa que motiva vuestro recelo, y permitidme os diga que semejante desconfianza es una ofensa hecha á nuestra rectitud. Diré mejor, una injuria que todo hombre de honor no puede consentir, aunque proceda del mismo Rey.

MARCELO. Vámonos, Horacio.

HAMLET. No os vayais. Yo os lo ruego. Mereceis una satisfaccion, y la tendreis bien cumplida.

CLAUDIO. ¡Hamlet! ¿Qué pretendes?

HAMLET. ¡Confundirte, malvado! Llegó por fin este momento que tanto anhelaba, para que sufras la expiacion de tus enormes delitos.

ESCENA VI.

DICHOS Y POLONIO.

POLONIO. Señor: el pueblo, amotinado, se opone al viaje del Príncipe: una gran parte queda en el puerto para impedir su salida, y otra más númerosa se dirige á este Palacio dando gritos sediciosos.
[*Se oye el tumulto á lo léjos*].

CLAUDIO. Corre y dí á mi guardia que rechace á esa ilusa multitud, miéntras dispongo su exterminio si persiste rebelde á mis órdenes. ¡Todo se conjura hoy en mi daño!

HAMLET. Id vosotros á calmar la justa agitacion del pueblo, asegurándole en mi nombre que no salgo de Elsingor.

CLAUDIO. ¡Deteneos!

HAMLET. ¡Marchad! no le hagais caso.

ESCENA VII.

CLAUDIO Y HAMLET.

CLAUDIO. ¡Qué escucho! ¿Es ese el respeto que debes tenerme?

HAMLET. ¡Respeto! ¿Lo merece acaso el asesino de mi padre? ¿El que ha intentado serlo conmigo en el proyectado viaje á Inglaterra? No os agiteis inútilmente. Escuchadme para vuestra desesperacion. He querido fingirme loco con objeto de cerciorarme de que fuísteis el cobarde asesino de mi padre. Por eso anoche he hecho representar ante vuestros ojos el drama parecido al de la muerte que le dísteis; y al levantaros azorado sin concluirse la representacion, no me quedó ya duda alguna de vuestro delito. Tampoco la tengo de vuestras intenciones para conmigo, que tambien anoche leí, sin que lo advirtiérais, el pliego que escribísteis á Inglaterra pidiendo mi muerte. Todas vuestras mal-

dades las sé, y no saldreis de aquí sin pagarlas. Sí, traidor, lo juro; defiéndete, que no te quiero matar como tú acostumbras, á lo asesino.

CLAUDIO. ¡Oh rábia! ¡oh desesperacion! Guardia! ¡ah, de mi guardia! ¡favor al Rey!

HAMLET. ¡Mónstruo! Defiéndete, repito, ó te mato.

CLAUDIO. ¡Oh! si yo pudiera beber de tu sangre! ¡Guardia! Guardia! (*Pelean, y el Rey cae herido mortalmente. Se oye el rumor del pueblo que grita: "¡Viva Hamlet!" "¡Viva el Príncipe!"*)

HAMLET. Perece, infame.

CLAUDIO. ¡Ah! soy muerto.

ESCENA VIII.

DICHOS, GERTRUDIS Y OFELIA.

GERTRUDIS. ¿Qué significa este tumulto, Hamlet? ¿qué es lo que quiere el pueblo?.... Mas, ¿qué miro?

HAMLET. El castigo de un gran criminal. Ese malvado, no contento con matar villanamente á mi padre, habia dispuesto que me asesinaran así que llegase á Inglaterra.

GERTRUDIS. ¡Cielos!

OFELIA. ¡Oh felicidad! Mi Hamlet ha vuelto ya de su viaje.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, POLONIO, HORACIO Y MARCELO, *despues gran parte del pueblo.*

POLONIO. Cerrad las puertas á la multitud. ¿Qué veo?

HORACIO. Señor: aunque obedeciendo vuestras órdenes aseguramos al pueblo que ya no os embarcais para Inglaterra, nos ha sido imposible contenerle: y arrollando la guardia, se encamina aquí para oirlo de vos mismo. (*Entra el pueblo gritando "Viva el Príncipe." "Queremos verle."*)

HAMLET. Gracias por el interés que os merezco. Ahí teneis el cadáver del que nunca debió ser vuestro Rey. Yo me justificaré ante la Nacion de la muerte que acabo de darle; y al ejecutarla, creo haber cumplido mis deberes, vengando con ella á Dios, á mi pátria y á mi padre.

PUEBLO. ¡Viva Hamlet, nuestro Rey¡ ¡Viva!

FIN.